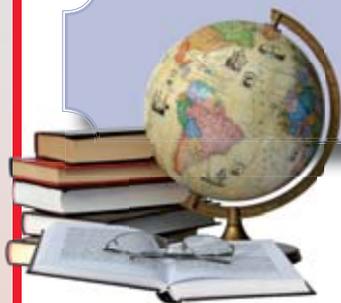


LUCIEN LABERTHONNIÈRE



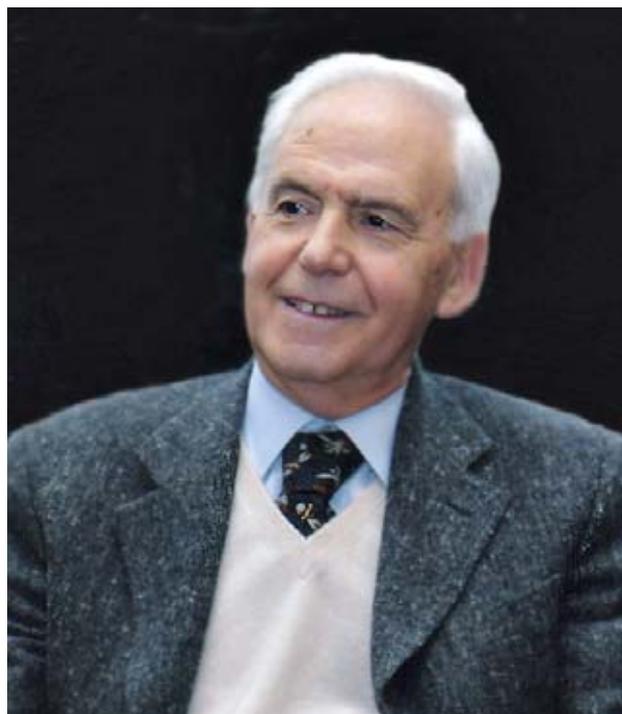
LUCIANO PAZZAGLIA
Università Cattolica del Sacro Cuore
pazzaglia luciano@gmail.com

SU CONTEXTO VITAL Y CULTURAL

Lucien Laberthonnière nace en Chazelet, un pueblo situado en el corazón de Francia, el 5 de octubre de 1860, y muere en París el 6 de octubre de 1932. En 1886, tras terminar los estudios eclesiásticos en el seminario mayor de Bourges, es ordenado sacerdote, y ese mismo año entra en la Congregación del Oratorio, fundada en 1611 por el cardenal Pierre de Bérulle. Mientras enseña filosofía en el colegio del oratorio de Juilly, en las cercanías de París, asiste a clases en la Sorbona, donde en 1893 obtiene la licenciatura en letras. Lee la tesis de doctorado titulada *L'Action*, que acababa de ser discutida por Maurice Blondel y, lleno de admiración por ese denso estudio, escribe al autor una carta entusiasta, inaugurando con el entonces joven filósofo de Aix una amistad y un hermanamiento intelectual que habrían de durar más de treinta años, hasta que los dos autores, situados en posiciones cada vez más lejanas, acabaron por separarse. Junto con Blondel participa en ese movimiento de ideas que a principios del siglo XX marcó profundamente la vida de la Iglesia, y que los historiadores suelen llamar crisis modernista. Su batalla por una amplia renovación intelectual y moral del catolicismo le acarreó la enconada oposición de los teólogos integristas, en particular de los que defendían la *Action française*, el movimiento político de derechas fundado por Charles Maurras. Fue acusado de concebir la fe como si se tratara de un salto al vacío, y al mismo tiempo de inclinarse hacia posiciones racionalistas e immanentistas. Pero el auténtico pensamiento de Laberthonnière no tiene nada en común ni con el fideísmo ni con el racionalismo. En 1913, tras haber sido objeto ya de algunas censuras, fue condenado al silencio por el Santo Oficio: desde ese momento no pudo volver a publicar ningún escrito, ni con su nombre, ni de forma anónima, ni recurriendo a pseudónimos.

La dura condena recibida no impidió que algunos hermanos e incluso algunos obispos recorrieran a él para que los ayudara en la redacción de textos y documentos. El episodio más clamoroso fue el de su con-

tribución a los escritos del padre Pierre Sanson, encargado de predicar en París las conferencias cuaresmales de Notre-Dame en 1925, 1926 y 1927, que tuvieron una amplísima resonancia y que, en opinión de algunos, contribuyeron a acercar no pocas almas al catolicismo: los textos de la tercera conferencia de 1925 fueron redactados íntegramente por Laberthonnière, si bien durante algún tiempo su colaboración sólo fue conocida por unos pocos amigos íntimos. Durante el año 1926 participó en varias reuniones ecuménicas privadas entre católicos, ortodoxos y protestantes, pero la iniciativa pronto se vio interrumpida debido a que el obispo auxiliar de París, habiéndose enterado de aquellas reuniones, prohibió a los interlocutores de la parte católica que siguieran acudiendo a ellas. La prohibición de publicar, que convirtió a Laberthonnière en una especie de “emparedado vivo”, le acompañó durante



Luciano Pazzaglia.

toda la vida, a pesar de los esfuerzos de personajes eminentes como el cardenal belga Désiré-Joseph Mercier, quien intentó, sin éxito, interponer sus mejores oficios para que el oratoriano fuera liberado de su condena. Sometido a la prohibición de publicar pero no de escribir, desde el encierro de su estudio siguió redactando notas de lectura, tramas de libros y textos ya ampliamente elaborados: una parte de ese material sería publicado de forma póstuma por su exalumno y fiel amigo Louis Canet, consejero de asuntos religiosos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, pero aún hoy quedan de Laberthonnière numerosos escritos inéditos.

AUTORIDAD Y LIBERTAD EN LA PEDAGOGÍA DE LABERTHONNIÈRE

El nombre del oratoriano está vinculado principalmente a su contribución al pensamiento en el campo teológico y filosófico, en cuyo ámbito se hizo defensor de la que él llamaba la “metafísica de la caridad”. A su modo de ver, Dios, al llamar a la existencia a los individuos, los quiere en sí y por sí mismos, cada uno dotado de iniciativa y de autonomía. Pero Laberthonnière sostiene que, para que fructifiquen plenamente nuestras virtualidades, cada persona, en lugar de cerrarse en sí misma para poder beneficiarse pasivamente del don recibido, debe intentar a su vez entregarse a Dios y a todas las criaturas. Sólo a través de esta entrega la persona puede concentrarse y unificar en sí misma la totalidad de lo real y, mientras se encamina hacia su propia plenitud, permitir a sus semejantes que consoliden su ser. Resulta fácil entonces, desde esta perspectiva, explicar la visión que Laberthonnière tiene de la Iglesia. Está firmemente convencido de que el fin esencial de la Iglesia es el de favorecer la comunión de las almas en Dios a través de Cristo. Dicha convicción le condujo a contraponer al perfil de la Iglesia-derecho el de la Iglesia-deber, no porque desconociera el valor de los aspectos institucionales, sino porque consideraba que, aunque se ocupe de las debilidades humanas, la Iglesia tiene que intentar, en primer lugar, ser el órgano de la caridad divina entre los hombres para la que fue instituida.

Pero a la luz de la metafísica de la caridad también es fácil entender las ideas que Laberthonnière introdujo en el campo educativo: un campo en el que no publicó muchos escritos, pero donde dejó, sin embargo, una huella indeleble. Su estudio pedagógico más significativo es la *Théorie de l'éducation* (París, 1901), en el que hizo confluír dos contribuciones anteriores: el informe desarrollado en Lille en 1898 en el congreso de las *Oeuvres de jeunesse*, y un artículo redactado para un número de *La Quinzaine* del año 1900. En la redacción de estas páginas se lamenta del hecho de que, llamado a enseñar y luego a desarrollar algunas funciones administrativas en los colegios de la congregación oratoriana, se preocupa principalmente de las que son las exigencias propias de una escuela católica. Pero la radicalidad con la que se ve inducido a afrontar las cuestiones pedagógicas de fondo hace que muchas de sus reflexiones puedan valer no sólo para cualquier

tipo de escuela, ya sea católica o pública, sino para cualquier contexto educativo, incluido el familiar.

En polémica con los teóricos de la llamada educación neutral e independiente, que tendían a suprimir toda intervención educativa, Laberthonnière observa, mientras tanto, que es imposible, en concreto, huir de la educación, porque el intento mismo de sustraer a alguien a la misma «*n'est qu'une autre manière de la lui faire subir, puisque c'est toujours, indépendamment de lui, le mettre encore dans des conditions qui contribueront à déterminer ce qu'il deviendra*» (*Théorie de l'éducation*, cit., pág. 50-51)¹. Pero aún si admitiéramos, sin concederlo, que fuera posible dar una educación independiente, el oratoriano añade, en positivo, que los individuos necesitan objetivamente que alguien les abra el camino y les ayude a introducirse en el contexto existencial y cultural en que se hallan insertos: no es imaginable que una persona pueda alcanzar su plenitud sólo con el impulso de su propia espontaneidad. Sin embargo, a juicio de Laberthonnière, si los alumnos tienen que poder contar con un guía, ello no implica que el educador pueda intervenir según sus apetencias: la acción de éste último se justifica sólo si concurre a poner a las personas en condición de tomar consciencia de sí mismas y del destino para el que están llamadas.

Desde esta perspectiva, afirma que no se puede hablar de la autoridad como lo hacen los teóricos de la educación independiente, como si estuviera destinada a desempeñar una función siempre y necesariamente heterónoma. En el ámbito educativo, aunque también podríamos añadir que en cualquier ámbito, la autoridad cambia de cara según las intenciones que la impul-

¹ “No es más que otra manera de hacerle sufrir, puesto que es siempre, con independencia de él mismo, ponerle aún más en las condiciones que contribuirán a determinar aquello en lo que se convertirá”.



Lucien Laberthonnière (1990, Enciclopedia Pedagogica, col. 6463, vol. IV, Brescia: editrice La Scuola).

san: hay una autoridad “subyugadora”, típica de quien se sirve de ella para poder someter a los demás, y hay una autoridad “liberadora”, propia de quien la utiliza para ponerse al servicio de sus subordinados. Fuertemente convencido de esto, Laberthonnière sostiene que la autoridad, si por un lado es necesaria, tiene que tener como objetivo el de anularse a sí misma, es decir, debe actuar de forma que los alumnos vayan ganando cada día nuevos espacios de autonomía, hasta que, conscientes de su vocación de personas, estén capacitados para tomar en sus manos las riendas de su propio destino y prescindir de esa autoridad que, sin embargo, fue la que los puso, por así decirlo, en el camino. Como se puede observar fácilmente, aquí vuelve a surgir, transcrita desde una perspectiva educativa, su visión del catolicismo, según la cual en la humanidad todo se realiza por cooperación: “*Ce que nous sommes moralement et surnaturellement, nous le sommes par le concours de Dieu et par le concours de la société dans laquelle nous naissons. Par nous-mêmes nous n'avons rien, nous ne sommes rien. Et en même temps cependant au point de vue moral et surnaturel nous ne sommes toujours au fond de nous-mêmes que ce que nous voulons être. Une volonté qui ne veut pas se rendre est une citadelle imprenable. Personne n'est chrétien par soi-même; mais personne non plus n'est chrétien malgré soi*” (Théorie de l'éducation, p. 54)².

Laberthonnière recurre a esta visión para resolver también los nudos problemáticos de la misma educación religiosa. Según su manera de ver, el hecho de que el sujeto, para emprender su camino libre y personal, tenga que empezar reconociendo el contexto en que se encuentra, implica que hay que enfrentarse también a la tradición religiosa, y en particular a la tradición cristiana-católica. Pero entrando en polémica con quienes sostenían que las verdades reveladas pueden

² “Lo que nosotros somos moral y sobrenaturalmente, lo somos por la colaboración de Dios y de la sociedad en la que nacemos. Por nosotros mismos no tenemos nada, no somos nada. Y, sin embargo, al mismo tiempo, desde el punto de vista moral y sobrenatural, nosotros no somos en el fondo de nosotros mismos sino aquello que queremos ser. Una voluntad que no quiere rendirse es una fortificación inexpugnable. Nadie es cristiano por sí mismo, pero tampoco nadie es cristiano a pesar de sí”.



Lucien Laberthonnière (en segundo plano) y el P. Lecanuet en Tessy-sur-Vire (Manche, Basse-Normandie).

abrirse camino en el corazón de las personas de forma extrínseca, y configuraban la enseñanza de la doctrina cristiana como si se tratara de un asunto de pura autoridad, afirma que, por el contrario, dicha enseñanza debe promover un profundo trabajo de interiorización personal. A su modo de ver, los dogmas no son fórmulas abstractas e indescifrables promulgadas por Dios para afirmar su potencia y para doblegar el orgullo de los hombres, sino que expresan la misma vía divina, y como tales deben por lo tanto ser considerados y estudiados en profundidad, con el fin de vivirlos mejor.

Si en la *Théorie de l'éducation* Laberthonnière tenía en mente, en primer lugar, el contexto de la escuela católica, hacia el fin de su existencia se vio inducido a reflexionar también sobre los problemas educativos de la escuela pública que, por su propia naturaleza, quiere estar abierta a todos. En 1929, tras una discusión que se encendió sobre este tipo de escuela en las columnas de la revista de un sindicato de enseñanza, Laberthonnière reacciona, y pensando que no infringía el silencio al que estaba condenado, escribe una carta que envía al director de la revista. Se trata de pocas páginas, pero llenas de significativas sugerencias. El oratoriano sostiene que el profesor de la escuela pública tiene que evitar, evidentemente, hacerse catequista de su propio credo; pero a la vez critica la tesis expuesta por algunos de los que habían intervenido en el debate de la revista, según los cuales para mostrar el debido respeto a las distintas versiones habría que atenerse a la más estricta neutralidad. En su opinión, una escuela que quiera ser programáticamente neutral no podrá ser sino una escuela amorfa, y como tal incapaz de educar. Laberthonnière considera más bien que la realidad de la escuela pública, si no puede favorecer institucionalmente a una opción por encima de las otras, debe permitir que cada uno de sus profesores dé razón, cuando sea necesario, de sus ideas. Desde luego, no se trata de un camino fácil, que en la medida en que implica un enfrentamiento entre posturas distintas e incluso opuestas corre el riesgo de dar pie a una batalla en que el alumno está destinado a convertirse en la apuesta en juego. Laberthonnière, sin embargo, opina que en el trabajo educativo es inevitable cierta lucha, y piensa que si se acomete no ya para que triunfen unos sobre otros, sino para ayudarse mutuamente a derrotar el error y a dar todos juntos un paso más hacia la verdad, la misma resulta incluso oportuna y ventajosa. ■

Para saber más

- LABERTHONNIÈRE, L. (1904). *Théorie de l'éducation*. Paris: Bloud et Cie.
- BEILLEVERT, P. (2010). “Laberthonnière (Lucien)”, en G. AVANZINI, et al., *Dictionnaire historique de l'éducation chrétienne d'expression française*. Paris: Éditions Don Bosco, pp. 435-437.
- PAZZAGLIA, L. (1973). *Educazione religiosa e libertà umana in Laberthonnière (1880-1903)*. Bologna: Il Mulino.

LA AUTORIDAD EDUCADORA

«Cuando se considera al niño como una persona y cuando se pregunta con qué derecho alguien interviene en su vida con el fin de hacerle pensar y hacerle querer lo que no pensaría y no querría espontáneamente, se cree reconocer que este derecho no existe; y desde este punto de vista únicamente preocupado del salvaguardar la personalidad del niño, como si ésta existiese ya plenamente y no hubiera sino que protegerla, se rechaza sencillamente la autoridad. Cuando por otra parte, por el contrario, se considera al niño como un germen que debe ser dirigido en su crecimiento o como una fuerza que necesita ser guiada en su acción, sólo se piensa en los medios que hay que utilizar; y desde este punto de vista, preocupado ahora únicamente en conservar o adquirir la autoridad a la que se está obligado de ejercer sobre él, entonces se pierde el cuidado de su personalidad. Parece de este modo que no existe término medio entre abandonar al niño a sí mismo u oprimirle. Ahora bien, lo que se desprende de lo que se dice o de las actitudes que se asumen es que la autoridad se concibe únicamente como un poder que se impone bien por constrictión, bien por saber hacer y que por su misma esencia, es irremediabilmente externa a aquel sobre quien se ejerce.

Ciertamente, no se puede contestar que la autoridad pueda en efecto tomar este carácter. Tal es la autoridad del amo antiguo sobre su esclavo y del monarca oriental sobre sus súbditos; tal es la autoridad, en una palabra de aquellos quienes, cualesquiera que sean, abusan de los demás por la fuerza o por la astucia. Y como estos se encuentra siempre y por todas partes, ay, en la humanidad. Pero, ¿tiene la autoridad necesariamente este carácter? ¿No puede asumir otro e incluso otro totalmente opuesto? La autoridad que actúa no es una abstracción. Está encarnada en una persona que vive; es una persona. Al ejercerse, se dirige en función de intenciones. Su actividad es una actividad moral. Y de ello resulta que cambia totalmente de naturaleza según la intención que la anima.

Existe una autoridad que utiliza el poder y el saber hacer de los que dispone para subordinar a los demás a sus fines particulares y que no busca más que aprovecharse de ellos para su beneficio: esta autoridad es esclavizante.

Existe la autoridad que emplea el poder y el saber hacer de los que dispone para subordinarse ella misma en cierto sentido a aquellos que dependen de ella y que, vinculando su suerte a la suya propia, persigue con ellos un fin común: esta autoridad es liberadora.

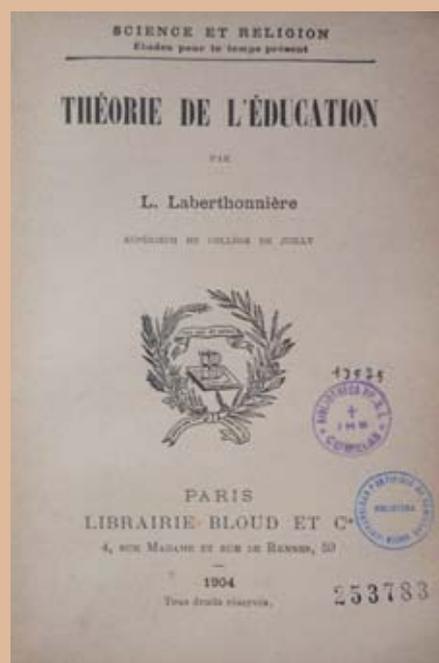
Entre estas dos maneras de concebir y de practicar la autoridad no solamente existe una diferencia, sino una contradicción. La mayor parte del tiempo parece que no se duda de que esta distinción deba ser hecha. Se habla de autoridad, a favor o en contra, sin precisar. Habría que saber qué es lo que se ataca lo mismo que habría que saber qué es lo que se defiende. Y como no es posible pasarse de autoridad, si se desea mantener la distinción entre sistema autoritario y sistema liberal, he aquí sobre lo que hay que hacerla reposar. Es a la autoridad misma a quien es preciso demandar ser liberal, es decir, actuar con intenciones desinteresadas. [...]

Añadamos ahora que, dado que existen dos formas de autoridad, hay también dos maneras de obedecer:

porque la obediencia tampoco es una abstracción que se pueda definir y fijar en un concepto; es el acto de una persona viva, móvil y compleja, y asume un carácter diferente según la intención que la anima. Hay que distinguir pues entre la obediencia servil que se corresponde con la autoridad autoritaria, si se permite la expresión, y la *obediencia libre* que se corresponde con la autoridad liberal. Si en un caso obedecer es *sufrir*, no es en absoluto lo mismo en el otro caso en el que obedecer por el contrario es *aceptar*» [Théorie de l'éducation, 1904, pp. 15-17, 18].

SOBRE LA EDUCACIÓN LAICA

«La idea que uno se hace de la Educación y del papel del Educador depende evidentemente de la idea que uno se hace del hombre y de su destino. [...] Sin embargo, hemos visto surgir y vemos que subsiste la pretensión de instituir una educación independiente, es decir, una Educación que no suponga ninguna creencia en aquellos que la dan y que no deba desarrollar ninguna en aquellos que la reciben. Los partidarios de esta educación la llaman neutra, para dar a entender que deja el campo libre a otra educación y que, si no favorece ninguna creencia, al menos tampoco es contraria a ninguna. Pero al mismo tiempo la llaman laica, y denominándola laica se llega a que en lugar de distinguirla de la Educación religiosa, simplemente la oponen a ella. Por una ironía bien significativa, como si un instinto desconocido se vengara en ellos, elevan incluso la laicidad a la altura de una religión; y esta nueva religión la dirigen contra la otra otorgándola la misma apariencia que reprochan a la otra. Es así como al tomar contacto con la misma realidad para aplicarse, las teorías falsas y engañosas manifiestan su impotencia o el veneno del que ellas recelan. Bajo la pretensión de instituir una Educación independiente se esconde pues, y apenas se puede decir que se esconde, un designio bien acordado de sustituir las creencias antiguas por creencias nuevas, por creencias laicas» [Théorie de l'éducation, 1904, pp. 3-4].



Portada de *Théorie de l'éducation*, impresión de 1904.